

## I. LA PREPARACIÓN DE LA SÍNTESIS CRÍTICA

### § 1. *El clima filosófico*

¿No es contradictorio glorificar el genio sobrehumano de Kant y hacernos creer al mismo tiempo que cada diez años cambiaba de ideas, como un aturdido que no tuviera ningún dominio sobre el curso de su propio pensamiento? Sin embargo, a esta contradicción tienden, a pesar de todo, la mayor parte de sus biografías. Sus numerosos escritos, los cientos de cartas que han llegado hasta nosotros, las resoluciones que ha tomado a lo largo de una carrera fértil en incidentes, nos dan a conocer hasta qué grado Kant era hostil al coqueteo intelectual que encantaba a muchos de sus contemporáneos, pero también cuán viva era su sensibilidad frente a las manifestaciones espirituales de su alrededor. Esto explica suficientemente la variedad de sus meditaciones, el considerable número de sus ocupaciones y el carácter enciclopédico de sus cursos.

Y, sin embargo, algunas líneas convergentes que no engañan se destacan entre esta variedad desconcertante: Kant proseguía sin descanso un plan único y preciso, que importa poner en evidencia antes de entrar con pie firme en la historia de su pensamiento.

Por desgracia este plan no se encuentra donde se ha querido buscarlo. De la misma manera que en el curso del siglo XIX se ha sustituido con el cartesianismo al Descartes histórico, así se sustituía simplemente con el criticismo en su acción futura al único Kant que conoce la historia. El positivismo encontraba toda clase de ventajas en buscar un patrocinio

filosófico para la metodología científica, en cuya cima se encuentra la limitación de la ciencia a los fenómenos, y no podía ignorar que la *Crítica de la razón pura* podía pasar en este caso por su propia justificación *avant la lettre*. Por otra parte, apenas es necesario insistir sobre esta elección, si se recuerda cómo no cesó Kant de abrumar a la metafísica con los dardos mordaces de su sarcasmo. Sin duda, no se puede negar que Kant criticó muchas cosas, incluyendo a la metafísica. No obstante, si miramos más de cerca, vemos que un esfuerzo constructivo acompaña constantemente a esta actividad destructiva; proclamar la ruina de la metafísica equivale, en la pluma de Kant, a suspenderla temporalmente con el fin de asegurar su porvenir — gran sueño y gran proyecto nutrido por él durante cerca de cincuenta años. Los reproches los dirige a *una metafísica* y a *un método* determinados, mientras que construye, al menos esquemáticamente, otra metafísica y elabora otro método. Alcanzar, a fin de cuentas, el método filosófico y construir por medio de él la metafísica eterna: tales son las intenciones del espíritu de Kant.

Sólo que Kant no buscó ni lo uno ni lo otro siguiendo una línea recta. Si la búsqueda constante del fundamento metodológico de la metafísica da a su carrera su unidad durable y su convergencia total, y muestra una constante espiritual en las vicisitudes de su vida, esta búsqueda no tenía menos como condición previa la ruina de una metafísica dada. El drama kantiano consiste precisamente en el doloroso deber de suprimir la metafísica wolfiana por amor a la metafísica eterna y en provecho de ella; Kant no se colocó nunca bajo la tutela de Hume. Ésta es la primera conclusión general que resultará de nuestro examen.

Una segunda conclusión general va a separarnos también de nuestros predecesores. Puesto que Kant no buscó método y metafísica en una dirección absolutamente uniforme, tenemos el deber de trazar la curva de su evolución en torno al problema capital. La gran cesura en esta evolución se sitúa en 1781 con la *Crítica de la razón pura*. En todo caso, cuando uno se da cuenta de que esta obra marca una etapa en la ruta del descubrimiento de un fundamento posible de la metafísica, esta cesura se despoja del carácter revolucionario que los historiadores le han otorgado siempre. Kant

—lo hemos dicho ya— no cambió de sistema con movilidad desconcertante. Desde el principio disimulaba apenas su aversión por la masa compacta del wolfianismo. La tabla de salvación a que se acoge primero era una crítica directa de algunas de las tesis maestras de este sistema, y esta crítica se perfila admirablemente sobre el trasfondo de las discusiones filosóficas y científicas del momento. Kant buscará, en seguida, su panacea en el criticismo, descubierto no por una intuición tan súbita como genial, sino madurada lentamente y penosamente elaborada. La confianza absoluta en este fundamento crítico de la metafísica se confundirá, a partir de 1781, con el futuro de la metafísica misma.

De esta manera obtenemos un agrupamiento distinto de los hechos en la biografía intelectual de Kant. Los veinte años que preceden a la *Crítica* forman un período preparatorio cuando se les compara *post-factum* con la síntesis crítica. Kant busca su camino en el dédalo de la vida científica de su época y participa en todos sus movimientos. De este trabajo de información, sostenido por oleadas de optimismo, así como atravesado por desfallecimientos, se destacan, sin obstáculos ni resplandores, los principios críticos fundamentales. Entonces Kant no tiene ya otro fin que el de asegurar la metafísica por medio de la elaboración completa de la filosofía crítica. Este período (el menos discutido) ocupa los años de 1781 a 1790: nos da la trilogía crítica. Es esencialmente constructivo. El tercer período, que se inicia a partir de 1790, está dominado por la confusión nacida en el espíritu de Kant entre el futuro de la metafísica y el futuro de su propio sistema. Su carácter es defensivo y, aunque sea el menos conocido y el menos estudiado hasta el presente, es singularmente revelador para el historiador. Kant tuvo que defender la integridad de su patrimonio a la vez contra el asalto de los wolfianos y contra la apostasía de sus alumnos, que preludian el impulso romántico de la filosofía alemana. Hemos llamado a este período el choque de dos épocas. Esto es exacto, puesto que se trata, en realidad, del choque entre la *Aufklärung* [Ilustración] y el Romanticismo. Kant sufre las consecuencias de la transición histórica; él mismo estaba demasiado enraizado en el pasado para poder abandonarlo sin pesar, pero demasiado comprometido con el futuro para

no comprenderlo. El *Opus postumum* nos permite ver a Kant cogido en el engranaje y arrinconado entre los dos (pasado y futuro) como blanco propicio.

Fue en el primer centenario de la muerte de Descartes cuando Kant hizo su entrada en el mundo científico. Este siglo es el del despliegue majestuoso de la física, que en todos los países de gran cultura va a provocar uno de los conflictos más resonantes en la historia de las ideas en Occidente. En filiación directa de Descartes se escalonan una floración de sistemas filosóficos; los de Spinoza, Malebranche y Leibniz son los más importantes. Su origen común explica cómo judío y cristiano, ateo y místico están animados del mismo orgullo: el orgullo por la física, y por qué están todos galvanizados por la eficacia inesperada del método deductivo. Si es verdad que Descartes aportó a Europa un mensaje, éste no puede consistir más que en el espejismo del método para la dirección del espíritu. Descartes destinaba su método a proteger al espíritu contra su imperfección discursiva y contra la creencia ingenua en la información sensible. Partiendo de una única evidencia originaria, el método cartesiano se propone hacer participar a toda la cadena deductiva de nuestros conocimientos de esta evidencia primera, gracias a su perfecta cohesión racional, a la manera de las matemáticas, que en la conexión racional de sus proposiciones encuentran su certeza suprema y su elevada autoridad espiritual. De Descartes a Leibniz el espíritu humano aspira a levantar *more geometrico* un sistema metafísico y físico del mundo. La fe en este procedimiento inculca un gran respeto por las matemáticas que, gracias al análisis cartesiano mismo, descienden de las alturas ideales de la pura cantidad para expresar valores físicos. Fue también Descartes quien realizó la aproximación entre la ciencia de la materia y la del espacio: esta última preconstruye a la primera en sus líneas generales. Gran imaginativo, como todos los matemáticos, Descartes proyectaba sus sueños y sus audacias matemáticas en la realidad física y la reducía a elementos matemáticos simples. El lector conoce suficientemente la historia para saber que la física cartesiana no resistió la prueba de los hechos, la lección de la experiencia. Christian Huyghens lo mostró con evidencia a propósito de algunas materias importantes y, desde entonces, la

duda acerca de la positividad de las deducciones cartesianas en el dominio de la gravidez, del cálculo de fuerzas y del movimiento, y en la explicación de otros fenómenos, creció sin cesar hasta el momento en que los *Principia mathematica* de Newton vinieron a terminar la estirpe de los grandes físicos que, usando el método galilaico-baconiano, completan la imagen física del mundo. Sin embargo, la escuela de Newton, como la de Descartes, exaltaba la primacía del método, y esto no debe asombrarnos demasiado, puesto que la brillante hoja de servicios de la física newtoniana, coronada por la gravitación, dependía de la disciplina metodológica a la que Newton no dejó nunca de someterse. Sustanciales correcciones aportadas al gran sueño cartesiano fueron la conclusión natural. Por otra parte, este método es universalmente aplicable. Se le puede aplicar en el orden de lo inorgánico y en el de lo orgánico, en la investigación histórica, médica, química, etcétera, y en estos diferentes dominios su aplicación produce resultados concordantes, asimilables al sistema de la física gravitacional del Galileo inglés. Partir de la observación de los fenómenos, buscar por su manipulación constante el *nexus* causal próximo que los ordena, establecer así la rubricación total del comportamiento de las cosas que constituye la trama de la existencia física total: tal es el verdadero método en el dominio de los hechos concretos y observables. Quiere algo más que describir: tiende a explicar por causas; y esta explicación salva la parte de verdad que hay en la matematización de la materia, inclusive si se rechaza por abusivo el matematicismo cartesiano.

Ahora bien, la inducción newtoniana, que se encuentra en las antípodas del método cartesiano, debía chocar con este último. Aquélla prohíbe tratar a la naturaleza observable como una gigantesca geometría; la naturaleza consta de elementos simples, irreductibles a lo matemático puro, que sólo la experiencia descubre. Por otra parte la inducción es menos audaz y más apropiada a la condición humana. La metafísica explica lo visible y lo observable por lo invisible, es decir: el hecho por el principio. Sin duda este principio es una causa, pero nunca una causa próxima. La regresión causal, tal como la opera la inducción, es más modesta: encadena a los fenómenos en un orden causal simplemente observable.

Ahora bien, los físicos holandeses que dan el tono a la Europa científica en los inicios del siglo XVIII, los 'S Grave-sande, los Boerhaave, los Musschenbroek; la *Royal Society* de Londres, que rige la vida científica de la gran Isla y del Continente; todos los científicos positivos diseminados a través de Europa, se agrupan alrededor de Newton y del método con que ha provisto a la investigación científica. La filosofía, quebrantada en sus posiciones tradicionales, a causa precisamente del movimiento científico en ascenso, se repliega a la defensiva, pero aun allí su resistencia se debilita a ojos vistas. La interpretación de estas discusiones físicas y filosóficas no debe sorprendernos. Numerosos problemas físicos de los más importantes y discutidos están situados en los confines de la metafísica. A pesar de esto la competencia entre la metafísica de inspiración cartesiana y la física newtoniana se hacía ineluctable.

En los límites de la lógica la inducción es incompatible con el innatismo cartesiano, con el ocasionalismo y con la armonía preestablecida, sus sucedáneos en Malebranche y Leibniz; y no es anormal ver cómo, desde el principio de su *Essay*, Locke llama a los empiristas a unirse contra la más perezosa de las soluciones acerca del origen de nuestras ideas. En el orden de la metafísica, Europa entera es presa de las controversias sobre las nociones de materia, de sustancia y de causa, y busca sin descanso establecer la naturaleza del espacio. Las disputas entre la concepción absolutista y la concepción relativista del espacio son conducidas con la aspereza conocida; disputas singularmente complejas y difíciles de captar, tanto a causa del número de los actores, como a causa de las conexiones múltiples que estas disputas presentan con otros temas teológicos o metafísicos, y de las numerosas distinciones que se está obligado a hacer en las posiciones respectivas de los adversarios, si no se quiere correr el riesgo de desfigurar la realidad histórica. El conflicto estalló a propósito de la correspondencia cambiada entre Clarke y Leibniz, publicada en 1717 en Inglaterra y en 1720 en Alemania. A los primeros autores, desaparecidos de la escena, sucedían numerosos partidarios que se coaligaban bien pronto en escuelas rivales. En Inglaterra, Leibniz se hace de aliados entre los mantenedores del idealismo, mientras Clarke reclutaba los suyos entre los

místicos y los científicos. En Alemania, todo el bando wol-fiano seguía en batallones apretados a su filósofo nacional, mientras que el mundo científico no dejaba, o abandonaba difícilmente, el regazo del pensamiento newtoniano. Es natural que frente a estos extremistas, algunos autores, y no de los pequeños, intentasen armonizar las tesis de Newton y de Leibniz acerca del espacio; Euler, Béguelin y otros, hicieron de ello la finalidad de su vida.

Todavía más que estas discusiones críticas, la metodología aproxima o separa a filósofos y científicos. Desde hacía tiempo existía ya el antagonismo entre los métodos cartesiano y newtoniano, y este antagonismo no hizo más que extenderse hasta originar un conflicto entre las ciencias que los practican: las matemáticas y la filosofía, incluyendo esta última a la física, según el uso aún en vigor. La física cartesiana se empeñaba en descubrir los elementos simples e irreductibles de la materia en la cantidad pura, y con este fin otorgaba al pensamiento puro poder de investigación mediante su análisis conceptual. La filosofía leibniziana no es, en suma, más que un espécimen grandioso de una física y de una metafísica donde la razón alcanza los elementos simples de la realidad física. La inducción newtoniana, pasada a manos de los empiristas, buscaba a su vez lo simple, pero éste era el elemento empírico último, irreductible, inanalizable. A lo simple matemático absoluto se opone, desde ahora, lo simple relativo de la experiencia. A partir de esto surgía el deber urgente de circunscribir exactamente las esferas de las matemáticas y de la física. Todos los científicos discernieron la necesidad y todos los filósofos el peligro de semejante limitación, lo cual basta para hacernos comprender la universalidad de este tema de reflexión. El fin era claro y preciso: prohibir al filósofo el uso del método cartesiano en la ciencia de lo real. Veremos que esta prohibición será una de las preocupaciones constantes del pensamiento kantiano.

Se puede decir, sin dudar, que Newton había triunfado hacia 1750 en el momento en que Kant entra en escena. Filosofía y física adoptan el canon newtoniano en Inglaterra, en Francia y en Alemania. Por otra parte el éxito del nuevo método en física militaba en favor de su aplicabilidad universal, y esta fe dio nacimiento a un amplio movimiento de

investigaciones descriptivas. Moral, psicología, sociología y estética son sus grandes beneficiarias. Y esta vía descriptiva, al alcance de todo el mundo, utilizable en los dominios prácticos, se unirá a las tendencias democráticas del Siglo de las Luces, que piensa poner la cultura al alcance de una burguesía ilustrada y espera de esta cultura práctica y utilitaria un futuro social y político de progreso. Por esta alianza con el espíritu democrático, la cultura científica escapa cada vez más de su medio natural, la universidad. Vive fuera del recinto de estos centros retardatarios impenetrables al nuevo espíritu. El saber se populariza y, popularizándose, cambia de librea. Su expresión natural no es ya el manual docto, seco y cuidadosamente dividido en párrafos, sino que busca las formas nuevas y más acogedoras del ensayo y, desde el nacimiento de los periódicos, del artículo. En fin, verdaderos sistemas de filosofía popular, que se inspiran en las ideas y las necesidades de este tercer estado rico en inspiración, generoso en sentimientos, pero pobre en ideas, crecen en la tierra virgen de este democratismo ilustrado. Por todas partes se observa la alianza íntima entre la nueva metodología científica y la ideología pre-revolucionaria.

Es así como Inglaterra, Francia y Alemania constituyen en común una única nación científica y cultural, disciplinada por un mismo método, inspirada en los mismos ejemplos y movida por las mismas esperanzas. Por última vez, la identidad de los temas, de los métodos, de las soluciones y de los proyectos, realiza en Europa la unión internacional de la ciencia: el comercio de libros y periódicos, las sociedades científicas, crean, por encima de más de una disputa política y militar, una unidad de cultura cosmopolita. Evidentemente, cada una de las naciones participantes manifiesta peculiaridades debidas a sus tradiciones propias y a su situación particular.

La gran peculiaridad por la cual Alemania hace oír la nota nacional en este concierto cosmopolita es la presencia de un sistema de metafísica, primer sistema nacional para los países de más allá del Rin, último sistema de inspiración cartesiana para Europa: la metafísica de Leibniz, reducida a manual y popularizada gracias a la incansable actividad de Christian Wolf. El sistema de Leibniz tenía todas las ventajas, incluso



haciendo abstracción de su valor interno. Está sólidamente establecido en la enseñanza superior alemana, donde todas las cátedras, sin excepción notable, lo transmiten a auditorios constantemente renovados. Es fortalecido gracias al concordato concluido entre el protestantismo oficial, el pietismo que se ha vuelto prudente y el liberalismo mitigado de sus defensores. Aparecía, además, en esta época de incertidumbre intelectual, de anarquía espiritual y de turbación moral y política, como un elemento conservador del orden y del tradicionalismo, respetuoso de los valores que constituían la esencia misma del Antiguo Régimen. Todo el siglo xviii en Alemania puede ser condensado en la rivalidad que opone entre sí al elemento leibniziano conservador y al elemento internacional progresista, del que usan todos los científicos y del que abusan todos los descontentos. Y el más asombroso espectáculo nos lo ofrece Federico el Grande, príncipe que forja la grandeza futura de una gran nación y que, para lograrlo, se hace progresista e impone como espíritu nacional, a fuerza de órdenes y protecciones, el espíritu liberado de los descontentos.

Casi sin saberlo sus compatriotas, Leibniz había dotado a su país de la primera exposición deductiva del sistema del mundo que pueda reivindicar Alemania. Wolf lo reveló con todos los medios de propaganda de que disponía casi a discreción. Lo real es completamente racional, es decir: el depósito de nuestros conocimientos claros, que encontramos en la ciencia, corresponde exactamente al orden trascendente de las cosas. Pensar significa, en estas condiciones, la operación intelectual que consiste en llevar la conciencia oscura a ideas claras. La conciencia oscura es el lugar de lo sensible; la conciencia clara es el de la inteligencia, de tal manera que la sensibilidad y el entendimiento no son facultades distintas genéricamente, sino sólo gradualmente. Esta operación se efectúa siempre en la forma de un juicio. Éste consiste, por consiguiente, en una operación analítica; explicita el concepto sujeto por la atribución expresa de una o varias de sus notas constitutivas, de suerte que una relación de identidad enlaza entre sí al sujeto y al predicado. El fundamento de la necesidad del juicio, o la justificación de las determinaciones objetivas del sujeto, reside siempre en los principios formales de identidad y de contradicción que, gracias al postulado

inicial de la racionalidad de lo real, adquieren inmediatamente un alcance trascendente. Tal fue el caso para Wolf. Leibniz llegó igualmente a concepciones semejantes pero por la vía del principio de razón suficiente. La relación de nuestros conocimientos con los objetos es necesaria y *a priori*. Esta relación es cognoscible por la razón pura, y los principios formales del pensamiento bastan para procurarnos todas las garantías que queramos al respecto.

Las características de este sistema, que iluminan la historia del pensamiento alemán de 1720 a 1750, son las siguientes: en el marco epistemológico el sistema de Leibniz se distingue por la introducción del principio de razón suficiente, y en el marco de la metafísica por la monadología. El principio de razón suficiente reintegra la teleología en el mecanicismo cartesiano y la monadología reintegra el principio dinámico en la estática cartesiana. Se ven ya claramente los puntos en que la asombrosa imaginación del bibliotecario de Hannover iba a chocar con las sólidas convicciones de los científicos newtonianos. La exposición deductiva del sistema del mundo que Wolf llevaba a su punto culminante en su manufactura de manuales, era una copia del orden metodológico representado por el matematicismo cartesiano, indiferentemente adoptado en los dominios de lo real y lo ideal. Newton y el empirismo anglo-francés prendado de la inducción niegan la eficacia de la deducción en el dominio de lo real, y los filósofos que han hecho de esto el objeto de su reflexión imitan a sus colegas extranjeros, delimitando la aplicabilidad respectiva del método de las matemáticas y del método de la filosofía. Esta cuestión, sin embargo, encierra dos sub-problemas distintos: primero, la oposición entre los métodos en estos dos órdenes de ciencias; en seguida, la compenetración —inevitable— de las matemáticas y de la física. Las soluciones que presentan Maupertuis y D'Alembert a su público de lengua francesa, Crusius, Lambert y Kant las presentarán al público alemán.

El principio de razón suficiente, elevado por Leibniz al rango de principio conductor de la ciencia de las cosas, parecía perfeccionar el sistema racionalista-deductivo del mundo, y tenía la buena fortuna de ser adoptado por el conjunto de los wolfianos, de Bilfinger a Mendelssohn pasando por Meier y Baumgarten. Este principio, al cual se subordina la causa-

lidad en tanto razón suficiente del devenir, era un principio absolutamente universal; y no podía ser de otra manera en un sistema racionalista que otorga al pensamiento puro un poder de prospección en el dominio de la realidad o en el de la existencia. En fin, la monadología transformaba la idea mecanicista de la sustancia, del pensamiento cartesiano, ligando a ella la noción de fuerza; mientras que la armonía preestablecida, su anexo indispensable, se encarga de explicar la comunicación de las sustancias, primero en el ser humano, después en el orden universal.

Bajo el impulso empirista-newtoniano, el espíritu científico atacó el conjunto de las doctrinas características del wolfianismo, con el resultado de que estas doctrinas se convirtieron en los temas discutidos con más encarnizamiento en torno al año de 1750. A ejemplo de Keill en Inglaterra, de Maupertuis y de D'Alembert en Francia, vemos a Rüdiger, Béguelin, Lambert, pero ante todo Crusius, aunar sus esfuerzos en la discusión de estas doctrinas. Es evidente que se adelantaron a Kant en la demarcación entre las matemáticas y la filosofía, y los límites que les asignan no diferirán esencialmente de aquellos que Kant ha de establecer. Su tesis común, en efecto, equivale a decir que el análisis conceptual no puede nunca pretender captar la existencia y que, por consiguiente, el método sintético cartesiano-wolfiano es inoperante en el orden existencial. La discusión, común a todos, concierne a la captación del elemento simple e irreductible que las obras pre-críticas de Kant nos han hecho familiar. Los elementos simples de la realidad física no son adquiridos en tanto residuo de un análisis puramente lógico, sino en tanto elemento irreductible e inanalizable de la experiencia concreta.

Es también Crusius quien, antes que Kant, discute de la manera más profunda la extensión que Wolf había dado al principio de razón suficiente. En la escuela wolfiana propiamente dicha el nudo de la discusión reside en la reductibilidad del principio de razón al de contradicción. Sus adversarios, por el contrario, comentan sin cesar sus relaciones con la causalidad. Crusius opone la razón lógica a la razón real, negando a la razón lógica todo carácter verdaderamente constrictivo en el orden real. Ahora bien, razón lógica y real, razón suficiente

y causalidad, principios de razón y de causalidad, son pares de elementos ideales convergentes. Esta discusión encontrará un nuevo pábulo cuando la crítica de Hume penetre en Alemania, aunque no haya provocado la pequeña revolución que los biógrafos de Kant nos han descrito. A la introducción de Hume debemos el interés otorgado por la Academia de Berlín a esta *quæstio disputata*, interés del que dan testimonio las "memorias" de Sulzer, de Béguelin y del francés Mau-pertuis, enviadas en respuesta a un concurso instituido por dicha Academia. Kant se asocia simplemente a este remolino de ideas y de opiniones. Buscará en él su punto de partida. Tomará prestadas, primero, sus posiciones y, al fin, el medio de superarlo.

El tercer tema leibniziano era la monadología. Ahora bien, ésta reavivará el mayor conflicto que haya surgido hacia fines del siglo xvii en relación con las paradojas del infinito. El francés P. Bayle resucitó en su *Diccionario*, en el artículo Zenón, las paradojas de este último. Cuando se atribuye una existencia real a la materia se debe afirmar, simultáneamente—hace notar—, que ésta es divisible al infinito y que, sin embargo, debe estar compuesta de elementos simples y, por consiguiente, indivisibles. Esta dificultad le servía de punto de apoyo para rechazar el realismo en provecho de un idealismo a la Malebranche. Un debate violento iba a suscitarse en torno a este artículo, tanto en Inglaterra como en Alemania. La atención de Leibniz fue atraída hacia las paradojas de lo continuo, independientemente de su metafísica personal, pero una vez lograda la monadología, ellas se imponían con mayor insistencia aún. La mónada, en efecto, es un elemento simple y constitutivo indivisible de la materia; mientras que el rigor matemático nos obliga a creer que el espacio y la materia son divisibles al infinito. La negación del carácter absoluto del espacio fue la conclusión directa que Leibniz sacó de allí. Los idealistas ingleses, como Berkeley y Collier, vuelven a tomar las mismas paradojas deduciendo de ellas, a su vez, lo bien fundado de la epistemología malebranchiana y rechazando el carácter absoluto del espacio. Sólo que hubo que contar con la escuela de Newton, que se levantaba como un solo hombre contra el relativismo espacial, y con el platonismo inglés, cuyos animadores More, Cudworth y Clarke

tomaron el partido de Newton por móviles metafísicos. Acerca de este problema se desarrolla la famosa correspondencia entre Leibniz y Clarke, que fue hecha pública en Alemania en 1720 gracias a los cuidados de Wolf. Esta correspondencia se convirtió, en poco tiempo, en un asunto europeo. Sin contar a los ingleses y a los franceses, Maupertuis y D'Alembert, todos los wolfianos en Alemania siguen a Leibniz en el relativismo espacial, mientras que los físicos, como Plouquet y Boscovitch, comprometidos más o menos con el wolfianismo, son atraídos en sentido contrario y sueñan con dar una solución intermedia a esta irritante cuestión. En este marco histórico hay que colocar las meditaciones kantianas sobre el problema del espacio y más tarde sobre las antinomias. Por otra parte Kant se inspira, manifiestamente, en el ejemplo de Leonardo Euler, quien durante treinta años prosiguió con éxito la conciliación con la que soñaban Plouquet y Boscovitch.

El corolario de la teoría monadológica de la sustancia y la doctrina de la armonía preestablecida en la comunicación de las sustancias, fueron doctrinas que no habían pasado con igual franqueza en el sistema wolfiano. Wolf no les concedía importancia más que de labios para afuera, e inclusive cuando la armonía leibniziana fue presa de los ataques de Foucher y de Bayle, los wolfianos más sensatos capitularon rápidamente ante el ataque y reemplazaron la armonía por el sistema del influjo físico. Es más, el mecanicismo se oponía a la introducción en física de una hipótesis con fuertes aspectos teológicos y alejaba de ella a los newtonianos. Königsberg parece haber sido un centro de oposición, particularmente activo, a la armonía preestablecida. Dos maestros de Kant polemizaron contra ella: Schulz y, sobre todo, Martin Knutzen, quien pretendía cerrar el debate con una concepción muy personal del influjo físico.

Conflicto entre la deducción y la inducción o, en otras palabras, entre los métodos sintético y analítico; conflicto entre las matemáticas y la filosofía; conflicto entre el principio de razón suficiente y el de causalidad; conflicto entre la lógica y lo real; conflicto entre la monadología y la geometría; conflicto entre el carácter absoluto y la relatividad del espacio; oposición entre la armonía preestablecida y el influjo físico...